

ADOLFO PRIETO: LITERATURA Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA *

P O R

RODOLFO A. BORELLO

Pocos críticos literarios hispanoamericanos han dedicado tal suma de talento y penetración a un tema tan arduo como el de quien encabeza estas líneas. Su último libro es buena ocasión para un examen somero de su obra anterior y del sentido total que ella tiene, tanto para la apertura de nuevas posibilidades de comprensión de lo literario como para ejemplo de la inmensa labor que aún resta por hacer en el mundo hispánico, aprovechando sus postulados, sus métodos y sus fines.

Adolfo Prieto se inició como crítico con su tesis doctoral presentada ante la Universidad de Buenos Aires en 1953, sobre *El sentimiento de la muerte en la literatura española de los siglos XIV y XV* (1), que sigue siendo el mejor estudio hoy existente sobre el tema. Ya en esas páginas se hacían visibles notas que los volúmenes y artículos posteriores convertirían en una constante de su obra: más que los textos mismos, más que la pura comprensión estética y literaria afinada en las formas, el estilo o la lengua, el crítico estaba interesado en descubrir qué tipo de hombre había escrito esas páginas, qué motivaciones socio-históricas y psicológicas lo explicaban. Por detrás de versos a primera vista circunstanciales, de crónicas olvidadas, de relatos llenos de recursos retóricos, Prieto perseguía las ideas, los sentimientos nacionales, el horizonte de valores que les daban sentido.

Después de analizar profundamente los textos del período citado llegaba a la conclusión de que mientras en el resto de la Europa finimiedieval se produce una aguzada preocupación por la muerte y una tendencia a lo macabro, ese sentimiento apenas roza la sensibilidad de los escritores españoles, identificados en una tradición cristiana sólidamente anclada, de parsimonia y serenidad inconfundible:

En las coplas de Manrique—escribe en las Conclusiones—culmina una actitud ancestral, abonada, en el período que nos ocupa, por las obras de Juan Ruiz, don Juan Manuel, Pedro López de Ayala, el mar-

* Con motivo de la aparición de *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires, Editorial Jorge Alvarez, 1966; 198 pp.

(1) La parte básica apareció en *Revista de Literaturas Modernas*, Facultad de Filosofía y Letras, núm. 2, pp. 115-170. Mendoza, 1960.

qués de Santillana, Gómez Manrique y buena parte de los poetas menores del Cancionero de Baena. La escasa difusión del tema de la *Danza de la muerte* y las depuraciones que él mismo recibió de la inmediata posteridad, corroboran la vigencia de tal actitud.

Junto a ellos deben señalarse la que adoptaron los autores de origen judaico, si no inserta en el «espíritu macabro», con proclividad a caer en él, delatando una peculiar situación existencial.

En *La Celestina* se patentiza una actitud prolongada por Sem Tob y Juan de Mena, cuyo más acusado rasgo se resuelve en la dramática pugna de dos tendencias: afirmación de la vida y voluntad expresa de negarla.

Esta síntesis final apenas sí permite tener idea de las novedades que del estudio minucioso de cada texto extrajo Prieto. Así la demostración del sentido paródico del Planto de Trotaconventos en Juan Ruiz; la importancia del Canciller Ayala como demostrativo testimonio de una época muy poco conocida de la Historia de España; la duplicidad de género fundida en las Coplas manriqueñas, así como su esencial espíritu medieval e hispanocristiano, no-renacentista; el identificar en Pleberio la voz velada de Fernando de Rojas y su drama vital:

Únicamente desde la historia de España, entreverada de pueblos y de cultura, únicamente desde el fondo de esa historia es posible comprender *La Celestina* y no desde la altura del Domo de Florencia, por más que invite a ello la mención de autores antiguos puestos en circulación por la Italia renaciente.

Esta relación, esta interacción entre literatura y realidad, entre literatura y sociedad, entre literatura y personalidad, entre literatura e historia, tipificará para siempre sus obras y lo convertirá en el más brillante crítico de su generación. Adolfo Prieto, hijo de padres españoles, nacido en San Juan en 1928, pertenece a la llamada «Generación de 1950», un grupo compacto de escritores de origen burgués que aparecen en las letras argentinas entre 1948 y 1950, expresándose primeramente en las revistas *Centro*, *Contorno* y *Ciudad*.

A esa generación pertenecen David Viñas, el mejor y más sólido de sus narradores (*Cayó sobre su rostro*, 1955; *Los años despiadados*, 1956; *Un dios cotidiano*, 1957; *Los dueños de la tierra*, 1959; *Las malas costumbres*, 1965; la mejor de sus novelas es *Dar la cara*, 1962, reeditada muchas veces); Juan José Sebrelli, ensayista y crítico; Noé Jitric, poeta y crítico; los poetas de la revista *Poesía Buenos Aires* (Móbili, Bayley, Aguirre, Trejo); el historiador Tulio Halperín Donghi; el dramaturgo y ensayista Rodolfo Kusch; el filósofo Víctor Massuh; los novelistas A. Rodríguez, Di Benedetto, Peltzer y Desein; los poetas F. Guibert, M. J. Castilla, Aráoz Anzoátegui, M. Fernández

Moreno, Busignani; un puñado de novelistas sociales: Varela, Castro, Manauta, Gómez Bas, y otros de amplio registro: Beatriz Guido, Jasca, Ardiles Gray, Bondoni, Murena. En teatro: Cuzzani, Dragún, De Martini, Betti y Gorostiza.

Hacia 1950, los hombres nacidos dos décadas antes comienzan a asumir conscientemente en la Argentina una realidad que era mucho más complicada y difícil que los esquemas que habían heredado para captarla y comprenderla. La mayoría de estos integrantes de la generación habían hecho las mismas lecturas (tanto los intelectuales formados en la universidad como los autodidactos) y pertenecían a la clase media. Procedían de muchas partes del país, pero enfrentaban los mismos problemas, muchos insolubles. En primer lugar, el de su ubicación política. Casi todos habían luchado contra Perón en las elecciones de 1946, pero descubrían poco después que al atacar al candidato también atacaban las leyes obreras o las conquistas sociales que el gobierno de ese hombre propugnaba. Alentando esquemas ideológicos de mejoras sociales y hasta de tipo revolucionario, estaban ahora enfrentados a los *cabecitas negras*, que era el mote despectivo inventado por la oligarquía argentina para los obreros del norte del país que se trasladaban a los centros industriales en busca de mejores salarios. Hablaban de las masas y de sus derechos, pero se oponían a su manejo de la cosa pública.

Habían sido antiimperialistas (una de las consignas políticas descubiertas por los grupos de derecha en la Argentina hacia 1930), pero contemplaban ahora que los candidatos antiperonistas recibían dinero de personeros de ese imperialismo (Braden, por ejemplo) que manejaba a discreción los grandes diarios argentinos. Pero a la vez, los ministros del gobierno que había usado el slogan «Braden o Perón» y había ganado la elección de 1946, firmaban contratos alegremente con las compañías norteamericanas o compraban en una suma sideral a los ingleses ferrocarriles que eran argentinos por derecho.

El esquema democracia-dictadura usado para comprender el fenómeno peronista estallaba en pedazos; no servía para entender en verdad un proceso de odio y falsas dicotomías por debajo del cual se movían intereses económicos que los superaban. Por otra parte, los integrantes de la generación se daban cuenta de que, al luchar contra ese gobierno apoyaban el proceso cortado por la revolución de 1943, que José Luis Torres había calificado como «la década infame»... Las ideologías resultaban estrechas para captar el mundo en el que comenzaban a vivir.

Estos escritores están en el medio de dos grupos que, hacia 1950 se relacionan por el odio: los que apoyan al gobierno y detentan el

poder se conforman con un alegre desenfado y con romper ciertos estatus, ciertos engolamientos, sin destruir ni construir nada desde cero. Los que se oponen totalmente a la mayoría se niegan a aceptar nada de un movimiento que los había superado. En medio de ese abismo de incomprensión, de ineficacia y de tensión se forja esta generación literaria.

A esa tensión, a esa realidad desagradable y cercana en lo político, se suma la situación crítica que vivía por esos años el mundo de la cultura europea, que empezaba a salir de la hecatombe de la guerra comenzada en España. Si hubiera que definir los intereses intelectuales de la generación habría que decir que, más que la literatura, les interesó la búsqueda de ideas políticas, sociológicas, filosóficas, para entender la realidad. Por eso se vuelven a la lectura de los escritores franceses de esos años, traducidos, comentados y estudiados con fervor. Los que ejercieron mayor influencia fueron Sartre, Merleau Ponty y Simone de Beauvoir. Y entre los novelistas les atrajeron los narradores norteamericanos, italianos y algunos argentinos (Faulkner, Hemingway, Steinbeck, Dos Passos, Vittorini, Pratolini, Pavese y Moravia). De los argentinos, Cambaceres, Payró, Arlt y Quiroga. Si bien se ve, todos narradores que atraían por la carga vital, por la «ausencia de literatura».

Pero a la vez, como estaban necesitados de andariveles para comprender el proceso que vivía el país, se lanzaron afanosamente a estudiar y analizar los escritores argentinos representativos de la generación anterior: Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges. Ellos habían escrito sobre los males argentinos y a ellos fueron a buscar respuestas a sus inquietudes. No las encontraron, porque los tres habían escrito en años que diferían extraordinariamente de los que les tocaba vivir. El único que se salvó de ese revisionismo casi feroz fue Martínez Estrada, aunque salió bastante mal parado de la prueba. Los otros dos, y en especial Mallea, quedaron para siempre marcados. Por eso esta generación ha sido denominada la «generación de los parricidas» por Emir Rodríguez Monegal (2) o la «generación peronista» como la denomina alguna vez David Viñas, partiendo de la conciencia del hecho político como desencadenante primordial de muchas de sus actitudes. Esta interacción de la realidad sobre lo literario explica lo señalado por R. Monegal:

A los nuevos no les interesa el valor literario por sí mismo: les interesa en relación con el mundo del que surge y en el que ellos están insertos. De ahí que sus análisis omitan por lo general lo literario

(2) Un buen esquema en R. MONEGAL: *El juicio de los parricidas*. Buenos Aires, Deucalión, 1956, con numerosos datos. No hay todavía un panorama orgánico de este nuevo grupo de escritores argentinos.